

Las tierras de Burgos durante la antigüedad

En nuestro último trabajo habíamos informado de los escasos restos hallados en la región burgalesa durante el llamado Período PREHISTÓRICO y cómo fueron estableciéndose contactos y determinadas influencias entre las diferentes tribus de la meseta del Duero y la serie de posibles estaciones, sobre todo en las grutas y guaridas naturales de los que tan ricos alojamientos existen en la zona situada entre el sistema Cantábrico y el río Duero. Las edades de los Metales que se han ido definiendo: estructuras y técnicas de otra zona peninsular son desgraciadamente poco afortunadas para investigaciones de los territorios que comentamos. Los contactos con pueblos más cultos, apenas sí se dan. El cambio que sufrieron los poblados ibéricos se debió a la invasión celta. Estas penetraciones raciales debieron darse, según Bosch, hacia el 900 antes de Cristo y su establecimiento en España daría paso a una futura demarcación psicológica aún perdurable. Existe, y esto es indudable, un revulsivo ibérico-celta en el mundo histórico posterior. La metalurgia del hierro representa a su vez la gran creación de estos pueblos. Varios siglos pasarían hasta la fusión de ambos grupos demográficos, operando sobre ellos los primeros pueblos colonizadores venidos de Oriente que traían otras técnicas, es entonces cuando la mayor parte de la península se incorpora a la Historia, si podemos decirlo así en función de la dinámica que sufre.

Ya tenemos fuentes escritas, por obra de los escritores griegos y latinos y esto nos permite ir con cierta precisión sobre lo sucedido. Aunque estos datos nos permitan intuir mejor que afirmar, hay ya evidencias sensibles que constatan ciertas continuidades en los desenvolvimientos sociales. La Historiografía medieval suele citarnos reyes fantásticos y grandes individualidades, cuyo nombre significan sólo eso, nombres. Lo fabuloso

domina sobre lo incierto en los recuerdos de la España Pre-Romana. Por ello, las primeras noticias de nuestro territorio tenemos que reconsiderarlas dentro de un sentido realista comparándolas con otros pueblos europeos. Las deidades gentilicias y los restos mágicos que se han querido ver en los sitios más escondidos, han de pasar por el camino de la crítica más aguda. El dato más importante y original es la existencia en el suroeste de España, de Tartesso. La formación de su sociedad y los principios económicos que la rigieron.

Las leyendas clásicas con su valor documental nos demuestran rasgos inquietos de los primitivos habitantes españoles. Como es natural, la aparición de los pueblos colonizadores despertaban asombro y disgusto, manifestado violentamente a veces.

Así, las tribus, acostumbradas a la lucha entre ellas mismas, encontrarían en los Púnicos de Africa, Griegos y Romanos, un frente más que combatir, para echarles de sus tierras o para enriquecerse y apagar la sed de botín. Este punto de relación afectó a la vida agrícola y pastoril, así como al progreso de la metalúrgia. Los informes de los Historiadores clásicos, nos permiten distinguir una serie de tribus fijadas en comarcas determinadas, pero de la misma raíz étnica. Distinguimos en la meseta a los Vacceos y Turmódigos, que con los Arevacos, serán los más intranquilos y también los que se encuentren dispersos en su género de existencia, rodeados de Cántabros, Astures, Lusitanos, Oretanos y Editanos con los Ilergetas.

Las armas de hierro y el caballo, como permiten adivinar las monedas ibéricas, nos ofrecen un muestrario de sus características. Una modalidad interesantísima, que es esencial en su ingenuo método de vida es el bandolerismo, llamado de otro modo Mercenarismo. Esta servidumbre militar ha sido objeto de frecuentes estudios, pues las rivalidades entre los mismos pueblos extranjeros, invasores de la Península hallarían una gran fuente de recursos en estas costumbres celtíberas. Para García Bellido no hay un auténtico Bandolerismo sino que éste es consecuencia del problema económico-agrario, radicado en los defectos de la distribución de las tierras. Este hambre de tierra confirmado por Diodoro, Estrabon y Apiano será constante y la guerra será su válvula de escape.

La finalidad de una vida guerrera, muy simplista en su con-

cepción era algo proverbial en las tribus. La salida de sus comarcas para recorrer otras nuevas o para ponerse en servidumbre militar, no tenían más referencia vital que la de obtener premios fijos. Los nombres de algunos caudillos de tribus, son sólo vistos de esta manera, como administradores de los bienes de sus gentes. Su caudillaje manejaba poderes taumatúrgicos, sintiéndose representantes de las divinidades, cuando deciden asuntos de paz y de lucha. Taumaturgia que llevaban en su más íntimo ser y del que hizo gala algún político romano para dominarles, caso de Sertorio con la cierva blanca, representación pura de superstición que un escéptico romano supo hábilmente manipular. El liderazgo carismático muy natural en este espacio histórico podemos considerarlo como herencia de la edad de los Metales. Los géneros de vida se mezclan y aparece también la selección aristocrática con la estirpe y la división social en el tipo de trabajo.

Los medios de comunicación que tenemos aún son escasos, para identificar la cultura hispánica como quieren llamarla Castro o Sánchez Albornoz. Los medios escritos cuyas incógnitas siguen, a pesar de los esfuerzos de Gómez Moreno, Tovar y su escuela, nos dejan numerosas dudas. Sí es interesante, la moneda acuñada a estilo griego y púnico con rasgos helenizantes ésta. Un tipo de intercambio material que tiene el valor instrumental de conexión para entenderse. Por sus perfiles y dibujos se puede adivinar cómo salieron aquéllas hordas de su incipiente tribalismo para adoptar rasgos clásicos.

Lo que más nos asombra aún es el gesto dinámico de los jinetes ibéricos, sobre sus caballos. La Religión no está aún definida racionalmente como en Grecia y en Oriente, pero en los santuarios se descubren unas disposiciones estáticas que permiten pensar en las creencias del más allá inexorable y misterioso. Las costumbres y la vida material no se afectó en gran manera por los primeros contactos con el extranjero. La familia con sus relaciones superiores daba un destacado papel a la mujer. Si ésta se adornaba y formaba en algunas filas sacerdotales como suponemos en los restos escultóricos hallados, admiraremos la importancia dada al ser femenino por el masculino.

La meditación histórica sobre los vicios y defectos del pasado nos obliga a pensar que lo individual ético tendría una fuerza considerable, cuando años más tarde de la ocupación

romana, Plinio «el Joven» elogiaba a la sociedad hispánica por su moralidad. (EPISTOLA II.13). Reflexión que no puede salir sino de una honda tradición. Este estrato moral es muy importante en su reconocimiento, aunque vaya deslucido por la dificultad de establecer una sociedad civil jurídicamente vista ante la insocial individualidad hispánica y que fue uno de los argumentos para explicarnos su dominación.

La entrada de los africanos cartagineses buscando mercados en función de lo que llamamos hoy militarismo económico, permitiría abrir rutas en la meseta. Cicerón denominó con gráfica frase, de «franja cosida a los continentes bárbaros» al trozo de costa mediterránea que serviría de base de penetración. Debió ser sensacional para las tribus del interior, el conocimiento de las primeras colonias. No podemos hablar en este capítulo de la rivalidad griega y fenicia, de la denominación de Tartesos y de la lucha por el Mediterráneo, que implicaría la entrada en la Península de otro pueblo, Roma. Lo que consta de estos años es la falta de coherencia y coordinación de las tribus entre sí.

Los Protoíberos, como los llama Bosch Gimpera, fueron cayendo lentamente ante la superior fuerza cultural romana. Tanto Vicens Vives como Sánchez Albornoz nos han prestado suficientes argumentos sobre las fuerzas imprevistas, la competencia y la acomodación latina al suelo peninsular. Niegan ambos historiadores que la resistencia hispana posea ideales patrióticos singulares. La serie de individualidades que aún adornan los Manuales de Historia, elevan al «rango de grandes epopeyas» sólo pueden situarlas las nuevas generaciones en su auténtica longitud de onda. Se trata al fin y al cabo de réplicas ante las novedades y expropiaciones, propias de una guerra colonial de perfiles modernos. En el Duero, los pueblos pastores aprovecharon sus conocimientos de la metalurgia y contactos con los grupos étnicos más lejanos para encontrar refugios en donde hostilizar a los extranjeros.

La resistencia fue fraccionada y sin valor para el Senado romano y los círculos políticos de la latinidad. Tampoco conviene mitificarlos, pues eso sería como endiosar a aquellos indígenas americanos que lucharon contra los conquistadores españoles del Siglo de Oro. El valor cultural estaba por encima. Y nadie podía detener el avance histórico de una fuerza superior. La Historia con sus terribles lecciones nos permite hacer

análogas y comparaciones para hacer caer de su mito a esos guerrilleros que si sirvieron a los ideales de libertad de la comarca natal no tenían qué oponer en cambio a los valores del Romanismo. Por esto fue beneficioso en todos sus aspectos el triunfo de Roma para la Península semi-bárbara.

Los núcleos étnicos son diversos y podemos, basándonos en Polibio, Plinio y Ptolomeo, mencionar a DEOBRIGOLA-Tardajos, SEGISAMON-Sasamán, AMAIA-Amaya, SALIONCA-Poza de la Sal, TRITIUM-Rodilla, VIROBESCA-Briviesca... Los VACCOS vivían en la llanura y vega del Duero y sus afluentes. Así, CONGION-Aranda de Duero, RAUDA-Roa... La vida de relación debía ser escasa pues tampoco existían motivos de atracción... Las costumbres, sin embargo eran muy semejantes, dando a la posteridad instituciones asombrosas que destacaron la manera de ser particular. La Fides Ibérica, la Devotio, que autorizaba un sacrificio colectivo de vidas humanas, el Hospicio y la Clientela como forma prefeudal de relación humana, el Culto a los muertos en las Urnas y Túmulos, etc., son elementos indisolubles que extrañaban a los romanos, así como su espíritu inquieto. Plinio citaba la «Vehementia cordis» de los Hispanos y un pasaje de Plutarco en la «Vida de Sertorio» nos dice que eran incapaces de sosiego, ni por la reflexión ni por el discurso... Por eso afirma SANCHEZ ALBORNOZ que la «romanización no alteró demasiado la psiquis de los peninsulares».

Los poblados y campamentos celtibéricos fueron aprovechados por las columnas de los invasores cartagineses o romanos, señal de su situación valiosa que es ya una prueba de la intuición primitiva. Pensemos en el caso de SOLARENA-Lerma en donde se ha encontrado actualmente un castro usado por los romanos, fundado sobre el primero celtibérico. La toponimia plantea numerosos problemas y es posible que un análisis cuidadoso de la misma, daría la clave de incrustaciones étnicas. Los pueblos de la Edad del Hierro demuestran en sus restos, bellas realizaciones antes de que los Romanos los ocuparan.

La ola latina fue extendiéndose por la Península una vez expulsados los cartagineses, con la dureza propia de todo imperialismo. La trascendencia del dominio romano en España empieza a notarse cuando en la capital del Imperio se usa a nuestro país como mercado y reservorio humano, así como pla-

taforma de sus prohombres políticos para alcanzar honores, fama y riqueza, escalones de más altos destinos del Estado.

Los valles fluviales del Duero son las indudables vías de penetración pensándose, como es lógico, en los lugares feraces más que en las zonas áridas y abruptas de los páramos y montañas. Las transformaciones que sufre el país con sus divisiones jurídicas y administrativas y su posterior aceptación por las tribus es señal de la completa posesión de las hordas que se fijaron dentro de sus lindes, una vez castigados y dominados. Las bandas y las guerrillas no pudieron resistir a la superior inteligencia latina.

La leyenda, que nos supone a los guerrilleros convertidos en representantes de una manera de ser peculiar, desaparece ante la suficiente estrategia romana. AMAYA, en el norte, era el refugio y punto de enlace con los vascos. Según Plinio, significa «límite-barrera». En Poza de la Sal-SALIONCA, había un fuerte poblado. En Briviesca-VIROBESCA, vivían autrigones y celtas, siendo el grupo más fuerte de la Bureba. Plaza fuerte era SEGONCIA-Parámica de Segi, llamada ahora Ciguenza del Páramo, cerca del país vasco, construida por los autrigones para contener a los cántabros que descendían de las sierras en sus depredaciones. En Santa María Rivarredonda-VINDELIA, estaban celtas y autrigones. Lindantes con ellos se encontraban los Verones, según Estrabón, aunque hasta Haro había poblados de esta etnia y sus confines con los vascones, son imprecisos.

Esto es en cuanto se refiere a las comarcas del norte, pero en el Este un castro céltico, el de Cerezo de Río Tirón servía de refugio a los perseguidos por las legiones y autoridades romanas. En Juarros, otro lugar importante para este fin, era el centro de la comarca que iba desde la Sierra de la Demanda hasta Barbadillo de los Herreros. Construido por los caristios del grupo Vardulio, sostenían alianzas. Todos los poblados de la zona del Duero como Rico de Valdosa, Silos, Covarrubias, Clunia y Osma-UXAMA estaban habitados por celtas. Las tribus dominantes eran los arévacos y vacceos orientales.

Al Sur de la región, Belos con los arévacos, lusones que son celtibéricos, rozando con las fronteras de los pelendones. CANGION-Aranda estaba habitada por los vetones, que son celtas. RAUDA-Roa, lo era por los autrigones y celtas. PINTIA-

Cerro de las Pinzas entre Curiel y Pesquera, estaba también habitado por las mismas gentes.

Al oeste de la región, existían densos grupos, como los justifican las excavaciones de las actuales provincias de Valladolid y Palencia con Herrera del Pisuerga. Los turmódigos, que eran celtas según Ptolomeo, en el camino de la Rioja a la meseta se extendían desde La Bureba al río Odra, asegurado por la toponimia vaccea. El cauce del Pisuerga con Lerma y Roa, enderezado hacia SEGISAMON-JULIA y la actual comarca de Villadiego, rica en pastos y mieses. En esta zona se trazó siguiendo las vías pecuarias, la futura calzada que desde Zaragoza, por Rodilla, Deobrigula, Tardajos y Rave de las Calzadas iba hasta Astorga.

Las guerras de la península movilizaron las diferentes tribus pero en sentido incoherente y desordenado. La masa agrícola y ganadera con su distribución social en gentilidades pasó por numerosas vicisitudes y una de ellas debió ser la manera de poder sobrevivir, para lo cual las guerras romanas eran buena inversión apuntándose entre las legiones que correrían el continente europeo y el asiático. Las gentes pobres, Proletariis y los Mercenarii alternaban en este estrato inferior de gentes sin ocupación productiva. Era natural que la mala condición del país y el fracaso de sus cosechas con la dureza de su vida económica lanzaran al campo en plan de guerrilla a numerosos hombres empezando la larga tradición bélica española. Por ello como decíamos más arriba, el bandolerismo y el mercenarismo era el recurso último:

Las citas clásicas están llenas de testimonios del temperamento de aquellas gentes a veces con palabras severas. Recordemos a Virgilio: «Ni temerás por la espalda lleno de horror a los inquietos iberos». (Aut impacatos a tergo horrebis hiberos... Geórgicas, III, 408). Este comentario del poeta dicta con sentido moderno la acusación de traidores a los iberos por su sistema de lucha. Julio César, tan magnífico psicólogo como táctico, reprochaba una vez a los españoles: «Para vosotros, los beneficios son injurias, las injurias beneficios. Ni concordia en la paz, ni el valor en la guerra habéis podido tener en ningún tiempo». (Apud vos beneficia pro maleficia pro beneficiis habentur. Itaque neque in otio concordiam, neque in bello virtutem ullo tempore retinere potuistis... (De Bello Hispaniense. Commentarii, XLII). Esta frase de César a los jefes congre-

gados en Hispalis-Sevilla, puede tomarse como un cargo a los españoles corroidos por la discordia, nunca satisfechos. César habla como vencedor ofendido a los cabecillas de un pueblo generoso e indigno a la vez.

No tenemos muchos datos para saber cómo estaba distribuida la tierra, la cual tendría ya perfiles prefeudales y un deseo natural de los pobladores sería tras los años de servicio en las Centurias, alcanzar tierras en donde subsistir elevando su nivel de vida. Los grandes terratenientes y ganaderos fuertes harían causa común con los dominadores de turno y las bandas que depredaban su comarca con el tiempo serían diezmadas por la mayor organización latina. La seguridad triunfaría sobre la inestabilidad como es norma en todo Estado fuertemente dirigido. Así durante varios siglos se fue amasando la cultura ibérica con la latina fundiendo en el mismo vaso a las tribus anteriormente citadas, concentrándose en lugares escogidos por la Administración imperial.

La época histórica de acuñación étnica latina arranca desde el siglo II al I, cuando las guerras de Celtiberia con Roma. Sobre todo después del año 144 al 133. La Bureba y el Paso de Pancorbo fueron fundamentales para la lucha. Las maniobras de Escipión contra los Vacceos de Burgos y Tierra de Campos para someterlos y aislarlos de Numancia es un dato esencial. Luego devienen las luchas civiles. Desde el año 75 al 72, Pompeyo cerca a Sertorio, el cual tiene que retirarse al Ebro cuando la dureza del invierno le obliga. Continúa la resistencia en algunos puntos, pero desde el año 29 al 19, la guerra alcanza otro frente al que huyeron muchos.

Es la guerra cántabra. La vía del ataque al Norte se hace por SASAMON a Suances. El cuartel general y el campamento de Augusto estaba en Sasamón. Surge el problema del tiempo que estuvo Augusto en nuestras tierras y sus itinerarios exactos. Pacificada la región y descendiendo al llano los cántabros más intransigentes aparece un campamento como única pieza fuerte del valle del Duero. Es CLUNIA, la ciudad más extensa de Hispania, según el Profesor Palol, con cerca de 150 hectáreas de urbanización y con un Foro imponente que sería el punto de atracción de todo el comercio y vida pública de la meseta.

Clunia-Coruña del Conde, se convierte en punto de carácter judicial. Depende de la Tarraconense cuando antes lo era de la Coterior. A la derecha del Ebro vivían las tribus de los vac-

ceos, turmódigos y arévacos que surtirían de mano de obra a la Administración latina. Galba fue elegido emperador en Clunia y las calzadas iban relacionando los diversos núcleos entre sí. En el siglo III aparece el primer itinerario de la Historia. Hoy conocemos por itinerario, la descripción y dirección de un camino expresando los lugares y posadas por donde se ha de transitar. La palabra viene de ITINERARIUS, de ITER, ITINERIS, camino y el primer tratado redactado en la época del emperador Caracalla, lleva el nombre de Antonino. Este Itinerario, marcaba de ciudad a ciudad cinco paradas. Estos altos eran precisos para sostener regularmente el tráfico. Los carruajes que recorrían el trayecto como el que transitaba de Tarragona a Bilbilis-Calatayud, se llamaba «Rota». Era un Registro de todas las vías del Imperio. En total comprendían 372 calzadas, de las españolas nombra un total de 34 con el espacio de 6.953 millas. La milla romana equivale a un cuarto de legua castellana siendo la legua de una longitud de 5.572 metros y 7 decímetros. La entrada en la Península se hacía por la Vía Hercúlea o Augusto que vio Polibio e iba por la Marina catalana.

Para los romanos esta guía era una descripción de las poblaciones con sus carreteras y caminos que habían de atravesar, estaciones a hacer, mesones o paraderos donde podían hallar alojamiento y un mapa de las indicaciones dichas y la distancia entre unas y otras poblaciones. Los Itinerarios podían ser Scripta o Adnotata. A los segundos se les llamaba Picta. Los romanos distinguían tres clases de estaciones: Civitates centrales que servían de depósitos y cuadras; Mutationes, para los relevos con cuadras; Mansiones, primeros albergues o posadas para los caminantes.

La importancia alcanzada por las vías romanas fue tan grande como duradero su servicio. Es un axioma de Geografía Humana. «La civilización está en la ruta». Muchas de nuestras carreteras actuales ocupan ahora con su asfalto el lugar de las grandes losas de la Antigüedad. La vía de arranque está situada en el Foro Imperial, penetraba por los Pirineos de Girona cruzando el Perthus donde el emperador Domiciano construyó los accesos, descendía al sur a Tarragona y de aquí salían los ramales, uno por la costa al Levante y Sur y el otro por Zaragoza-CESAR AUGUSTA y ascendía por el valle del Ebro, uniéndose en Pamplona, fundada por Pompeyo con la vía que desde Burdeos de Francia se dirigía por el camino de Ros-

cesvalles hacia Astorga. Esta era la calzada que cruzaba las tierras de Burgos con el foco de Clunia. También había otra vía de penetración que era partiendo de Andalucía, por el puerto de la Fuenfría en la cordillera central descendiendo a Segovia y Carrión, empalmando con la línea Mérida-Astorga, el famoso Camino de la Plata.

Desde Sasamón salía una calzada que iba cruzando la cordillera cantábrica hasta Reinosa. A su vez, otro empalme llegaba a Astorga por el oeste y a Zaragoza por el Este, a través de Numancia y Osma... Todo un sistema perdurable durante siglos y que sería recorrido por los pueblos germánicos y por los musulmanes.

Por esta red se fueron comunicando los pueblos entre sí y dando una fijación a la colonización latina que unificaría con el tiempo a las tribus. Las causas de esta unificación son diversas. No podemos entrar ahora en la polémica sobre cuáles fueron los motivos de la creación de esta cultura mixta, pero sí destacar que a pesar de la impronta latina la fuerza psicológica de los indígenas no se perdería. Puede sea una de las causas los medios de vida. La Meseta sin los cultivos intensivos y extensivos del que se ha querido alardear en los Conicos son unas falsas loas de España, desde San Isidoro a Alfonso X, tendrían los dispositivos necesarios para abastecer a sus habitantes sin exceso. Creemos que había más vegetación espontánea que ni el pastoreo ni la deforestación arruinaría como ahora, pero tampoco sería tan denso como el dicho popular de que las arduillas podían ir de norte a sur de la Península sin descender de los árboles. En todo esto hay una indudable exageración. Tampoco podemos creer en la existencia de numerosas ciudades. Los Historiadores latinos hablan de ciudades cuando se refieren a cualquier poblado tribal. Sí debió existir ya en la época imperial grandes circunscripciones, según la coagulación de las fincas rústicas dependientes de un núcleo.

Los romanos carecían de la idea colectiva de la propiedad como tenían las tribus y fueron los creadores inconscientes del sistema individual que fomentaba la codicia y el afán de bienestar y seguridad de las tribus. Por los datos que tenemos de Plinio, Varron, Estrabón y Diodoro, siguió siendo la ganadería en la Celtiberia el principal medio de riqueza.

Fue desde la caída de Numancia cuando España pasó a constituir una fuente de recursos del Imperio y los romanos se

lanzaron sobre ella como los anglosajones lo hicieron sobre Africa y Asia, pensando sólo en la obtención de mercados y en la plataforma de destinos políticos. Lo que vino después, el idioma, la unidad política, las vías y calzadas, fueron consecuencia y no medio de la Romanización. La persistencia de lo Celtibérico en el futuro se mantuvo con líneas naturales, como se demostró en muchas zonas de la península, concretamente en la Meseta y en el Norte que eran las regiones menos habitadas y de más rudeza vital.

Si sobre un mapa anotamos el número de colonias romanas que fueron fundadas por los veteranos y funcionarios del Imperio así como las poblaciones mixtas, advertiremos que la densidad urbana existe sobre todo en la periferia dejándonos sólo núcleos como islas en la región que estudiamos... Las legiones fueron saliendo del país una vez aplastada la resistencia, excepto la que quedó en León donde fundó esta ciudad de perfil militar. La estructura económica fue a la paz de la evolución social. Opina Sánchez Albornoz que el contacto con Roma llevó a la latinización de las formas de vida y del pensamiento pero no consiguió fundir en una auténtica romanización a los sentimientos y temperamento racial hispánico que más tarde encontraría en el Cristianismo, sitio donde expandir su espíritu. Para Vicens Vives, la verdadera marcha «hacia una personalización histórica de Hispania se inicia al desatarse la crisis del siglo III».

Lo que sí supo hacer Roma fue conservar sustituyendo, así los gentilicios pasaron a ser toponimos y los *Conventus* jurídicos y las posteriores *Hitaciones* germánicas se harían de acuerdo con los marcos administrativos de las poblaciones primitivas. Además, Roma, cambió el culto al Régulo-tribal por el del emperador y de su representante. Aunque tuvo momentos de limitación, la gloria del soberano César, la persona que simbolizaba caía demasiado lejos para que las poblaciones se preocupasen sobre si un Claudio, un Nerón o un Calígula obraban de acuerdo con el recto sentido de la justicia. Lo que sí fue importante es que el sentimiento local se aglutinó en el Municipio, una de las más espléndidas realizaciones del mundo clásico. El orgullo de la localidad y el sentimiento familiar se mezclaron dando una estructura social a la permanencia del lugar y a su futuro desarrollo. Esa es la gran herencia romana en nuestro país, por encima de la galería de emperadores, poetas

y escritores que esmaltaron con su ingenio la literatura latina y el poder público. La pervivencia de la tribu en una organización social que daría lugar a la auténtica federación de Municipios.

Las clases sociales se estratificaron y cuando la clase media se hundió y los proletarios se agruparon en los Collegia o Gremios, la adscripción a la tierra fue el reverso del proletariado agrícola. La vida local estuvo mejor organizada en el Sur y Este de la Península aunque los focos paganos duraron en Cantabria y el país vasco sin que sus interferencias con la Administración imperial que les hacía depender de la periferia hiciera nada para suavizar sus ritos y costumbres. A ellas no llegaba, como parece intuir, la escasez de lápidas y documentos, los derechos, no sólo de las colonias sino también de los Oppidae o Municipios que eran entidades rurales sin un centro urbano que hiciera de núcleo sugestivo. El Derecho se las aplicaba relativamente según su grado evolutivo social y su pasado político-militar hasta que el emperador Caracalla, unificó el Imperio dando a todos los habitantes en el año 212 la ciudadanía.

La vida religiosa no se modificó gran cosa. Los latinos lo único que hicieron fue imponer sobre los cultos locales al toro, a la lucha, a la luna, etc., los suyos que también calaron en la superficie celtibérica. Pero lo que asombró a los romanos y fue quizás el campo más abonado para el Cristianismo, la moralidad de sus diferentes clases sociales que ya anotaba Plinio el Joven. La sociedad hispánica era un modelo de austeridad y sencillez. Se destacó sobre todo cuando se diversificó la sociedad romana en la etapa corrompida de los Severos y en la Tetrarquía. La vida familiar adoptó el Derecho Romano sin grandes variaciones para las costumbres anteriores y los cultos bárbaros y las costumbres continuaron practicándose, sin ir en detrimento de lo que llamamos hoy día el Derecho y la Moral Natural.

La sobriedad hispánica de que tantos elogios hizo Menéndez Pidal era proverbial durante el gobierno de Trajano y en unos mercados como los españoles en donde la explotación de metales fue prodigiosa, no se encontraron los caracteres de codicia y ambición como en otros sitios del Imperio. Y mientras España contribuía a la formación del capitalismo romano con sus minas, mano de obra, ganadería, aceites, etc., el hispano romano

se contentaba con la vida tranquila de las ciudades y de cuando en cuando con fiestas y espectáculos, estando siempre dispuesto a contribuir a sostener los gastos del Imperio sin la mínima protesta. Sin saberlo, la estructura social fue tornándose cívica y particularista. España se hizo una provincia tranquila, pacata, cuando se superaron las diferencias lingüísticas y raciales estableciéndose la idea unitaria del Imperio y a su mando único. La Fides Hispánica desempeñó, en este caso, un gran papel para robustecer el juramento de lealtad al César y más cuando se dio un valor carismático al mismo.

Si nos fijamos en lo que sería con el tiempo el alfoz burgalés y su zona circundante veremos que el Convento jurídico de Clunia tenía casi los mismos límites que el proceso histórico tendría Castilla la Vieja, abarcando Vasconia, Santander, parte alta del Ebro, y por el sur, llegaba a Avila y Coca, mientras por el oeste alcanzaba a León. Podemos considerar dos cosas que en la mente romana era esencial. Hispanus era aquél natural de la península Hispaniënsis, el emigrante establecido en ella y si muchos de éstos se establecieron atraídos por la fama de riquezas, o bien, como todo emigrante, por naturales impulsos, la aceptación de un derecho urbano de colonia o Municipio no iba unido a su implantación sino al que ya se consideraba así por tener una tradición vecinal. Un dato interesante es que tras la resistencia celtibera-cántabra, de tanta dureza en su contenido, los Hispanos fueron dóciles al Estado y no se tienen noticias de ninguna acción insurreccional o bien porque la administración y la paz romana fueron del agrado de todos o porque la represión del siglo I asustó a los habitantes dejando honda huella en su sensibilidad.

Pero en el interior de la sociedad hispánica se fue fraguando lo mismo que en el resto del Imperio la escisión de clases que después convertiría a la masa civil en un conglomerado indiferente y sin sentido patriótico al ocurrir la invasión germánica. ¿Qué había después de la etapa del bienestar y disfrute de la tierra para suplir las apetencias espirituales y materiales cuando el Cristianismo había herido de muerte las concepciones religiosas y políticas del César?

La separación entre Honestiores y Humiliores se acabó con la vuelta a la tierra para evitar la carga de tributos prefiriendo el hispano estar sujeto por el sistema del colonato a tener derechos civiles ciudadanos. El colonato se hace vitalicio y heredita-

rio. Coloni domini nostri, y por las roturaciones de tierras incultas y la entrega de propiedades se forma el Ius Colendi y el Ius Propius. Fue inútil que Diocleciano regulara los precios de los principales artículos y los salarios de los obreros y las profesiones liberales. El ambiente suntuario había contagiado a las ciudades grandes que querían ser pequeñas Romas y la crisis económica se unió a la de divisas cuando empezó a faltar los metales de Oriente y se habían agotado los de la Península.

Empieza a notarse signos de resquebrajamiento en el edificio, tribus germánicas cruzan el Pirineo. Los cultos célticos e indígenas florecen de nuevo, cansados de los mitos clásicos. Los límites de la provincia española se han ampliado con Diocleciano hasta el desierto africano. Se ha perdido el horizonte local, pero se le busca como deseo de descanso y se da el fenómeno que un vacceo como Teodosio, se pone la púrpura imperial. Los Municipios pasan por este estado de transición política y procuran agruparse mediante un nuevo tipo de patronato civil con clientelas colectivas haciendo hereditarias las clases a fin de lograr la fijación de sus elementos. El pequeño Concilio que era la Curia o asamblea vecinal confió en el Curator el cual extendió sus funciones nombrándose por la Curia pero en el siglo III la institución es más fuerte que el Defensor Civitatis. Esta clase selecta de gobierno era elegida entre la fusión étnica que se realizó a lo largo de siglos entre los celtiberos y romanos. Es la última herencia administrativa de lo que denominamos hoy estirpes territoriales o fuerzas vivas. Las Urbes imponentes de que habla Rostovtzeff o las ciudades comerciales y caravaneras que daban elevado nivel de vida vieron aparecer la burguesía de tipo curial destinada a gobernar la ciudad, primero por ciudadanía y después ante la imposición dineraria. El comercio, la industria, la ganadería muy explotados, no dieron por ser la economía española exclusivamente dineraria soluciones a la crisis general del Occidente. Tal era el cuadro de Hispania cuando sobreviene la caída del Imperio ante la invasión germánica. Pero quede esto para otro trabajo.

BIBLIOGRAFIA BASICA

— ALZOLA (Pablo de), «Las obras públicas en España». «Estudio histórico». Bilbao, 1899.

— ARIAS (Irene A.), «Materiales epigráficos para el estudio de los desplazamientos y viajes de los españoles en la España Romana». Cuadernos de Historia de España, XII, 1949.

— BALIL (Alberto), «Riqueza y sociedad en la España Romana. Siglo XII al I a. J. S.», HISPANIA, Madrid, XXV, núm. 99, 1965; «De Marco Aurelio a Constantino. Una introducción a la España del Bajo Imperio». HISPANIA, XXVII, núm. 106, 1967; «Un factor difusor de la Romanización: las tropas hispánicas al servicio de Roma». EMERITA, XXIV, núm. 1, 1956.

— BLAZQUEZ (J. M.), «Causas de la romanización de Hispania». HISPANIA, XXIV, 1964, núm. 93 y ss.

— BOSCH GIMPERA (Pedro), «El poblamiento y la formación de los pueblos de España», Méjico, 1945; «Etnología de la Península Ibérica», Barcelona, 1932.

— CALVO (I.), «Excavaciones en Clunia. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades», III, Madrid, 1916.

— CERVERA VERA (Luis), «El núcleo urbano de Lerma desde sus orígenes al siglo XV». Burgos, 1971.

— COELLO (F.), «Vías romanas. Discurso en la Real Academia de la Historia». 1874.

— CORTES Y LOPEZ (Miguel), «Diccionario geográfico-histórico de la España Antigua», Madrid, 1835, tomo I.

— ESCAGUES (J.), «Geografía histórica de las comunicaciones. Las carreteras españolas actuales y las calzadas romanas. Boletín de la sociedad Geográfica». LXXXIII, 1947.

— ETIENNE (R.), «Le culte imperial dans la Peninsule Iberique, d'Auguste a Diocleciano». Bibliotheque des Ecoles Francaises d'Athenes et de Roma. Boccard. Paris, 1958.

FITA (F.), «De Clunia a Tricio. Viaje epigráfico»; «Inscripciones romanas. De Poza de la Sal en el partido de Briviesca», Bol. Real Academia de la Historia. LXIX; «Epigrafía romana y visigótica», Ibidem, LXVII y ss.

— GARCIA BELLIDO (A.), «La España del siglo I de nuestra Era». Colecc. Austral. Madrid, 1947. «Banda y guerrillas en las luchas con Roma». Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, 1945.

— GARCIA RAMILA (Ismael), «La zona de Salas de los Infantes en sus aspectos histórico, legendario y artístico». Burgos, 1961.

— GARCIA DE SAINZ DE BARANDA (Julián), «Epigrafía

- romano-burgalesa». Boletín de la Institución Fernán González, 1952.
- GARCIA DE VALDEAVELLANO (Luis), «Historia de España», Madrid, 1955.
- GUITARTE (Gillermo L.), «Ritmo de las marchas y de los viajes en la España Romana». Cuaderno de Historia de España. X, 1948.
- HARDEN (Donald), «Los Fenicios», Barcelona, 1967.
- HERNANDEZ PACHECO (Eduardo), «El solar en la Historia Hispana», Madrid, 1952.
- HOPFNER (Helmut), «La evolución de los bosques en Castilla la Vieja. Contribución a la investigación del primitivo paisaje de la España central». Estudios Geográficos, núm. 56, 1954.
- HORNILLOS ESCRIBANO (C.), «Febo Tormogo. El segisamonense más antiguo de que hoy tenemos noticia». Boletín de la Institución Fernán González, XIII, núm. 147, 1959.
- ITINERARIA ROMANA. Edición O. Cuntz et J. Schnetz, erscheint, vol. I, «Itineraria Antonini Augusti et Burdigalense».
- JORDA CERDA (Francisco), «Nuevas representaciones rupestres en Ojo Guareña», Zephyrus, XIX, XX, 1968.
- LACHICA (G.), «La estructura económica de Hispania en el Bajo Imperio», Zephyrus, XII, 1961.
- LES EMPEREURS ROMAINS D'ESPAGNE. Editions du Centro National de la Recherche Scientifique. Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique. Paris, 1965. Véase: H. G. PFLAUM, «La partprise par les chevaliers romains d'Espagne a la administración imperiale»; ANDRE CHASTAGNOL, «Les espagnols dans l'aristocratie gouvernementale a l'époque de Theodose»; SCARLAT LAMBRINO, «Les cultes indigenes en Espagne sous Trajan et Hadrien».
- MALUQUER DE MOTES (Juan), «Epigrafía palatina de la Península Ibérica». Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona, 1968.
- MATIAS ESCIBANO (J.), «Itinerario español o Guía de caminos», Madrid, 1758.
- MENENDEZ PIDAL (Ramón), «Toponimia prerománica histórica», Madrid, 1952.
- OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN (Basilio), «Onomástica Romano-burgalesa», Boletín de la Institución Fernán González XLIII, núm. 163; «Arauzo de la Torre en sus aspectos geográ-

fico, histórico, arqueológico y artístico», *Ibidem*, XLV, núm. 169, 1957; «Esculturas romanas inéditas de Clunia», *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, XI, 1954, núm. 2; «La Ariadna de Clunia del siglo II», *Ibidem*, LXI, 1955, núm. 1; «Contribución a la arqueología romana de la provincia de Burgos», *Archivo español de Arqueología*, XXVIII, 1955.

— PALOL SALELLAS (Pedro de), «Guía de Clunia», Ministerio de Educación Nacional, Dirección General de Bellas Artes, Diputación de Burgos, Valladolid, 1965; «Sulpicia, ciudad romana, su historia y su presente», Burgos, 1959; «Excavaciones en el Foro de Clunia», Homenaje a Jaime Vicens Vives, I, pág., 153; «Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la meseta castellana», IX Congreso Nacional de Arqueología, Valladolid, 1965.

— PELLICER CATALAN (Manuel), «Tratamiento de materiales metálicos de la Necrópolis del hierro céltico de Miravache», Burgos. «Informes y trabajos del Instituto de Conservación y restauración de obras de arte», Madrid, núm. 7, 1968.

— RAMOS LOSCERTALES (J. M.^a), «Hospicio y clientela en la España céltica», *EMERITA*, IX, 1941. «El primer ataque de Roma contra Celtiberia», Universidad de Salamanca, 1941.

— SANCHEZ ALBORNOZ (Claudio), «Proceso de Romanización de España desde los Escipiones hasta Augusto. Anales de Historia Antigua y Medieval de la Universidad de Buenos Aires», 1949; «España, un enigma Histórico», Buenos Aires, 1956 volumen I.

— SCHULTEN (Adolfo), «Numancia», Munchen, 1914.

— TARACENA (Blas), «Vías Romanas del Alto Duero, Anuario de Prehistoria madrileña», 1932; «El palacio romano de Clunia», *Archivo español de Arqueología*, 1946; «Los pueblos celtiberos, en la «Historia de España» dirigida por Ramón Menéndez Pidal», vol. I, Madrid, 1954.

— TRAPOTE (María del Carmen), «Los hallazgos monetarios de Clunia de 1958 a 1964», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXX, Valladolid, 1964; «Los capiteles de Clunia Sulpicia. Hallazgos hasta 1964», *Ibidem*, XXX, 1964.

— VERA (Vicente), «Cómo se viajaba en la época romana», Madrid, 1925.

— VICENS VIVES (Jaime), «Aproximación a la Historia de España», 2.^a edición, 1960.

— VIGIL (Marcelo), «Romanización y permanencia de es-

estructuras sociales indígenas en la España septentrional», Boletín de la Real Academia de la Historia, CLII, núm. 2, 1963.

— VIÑAS MEY (Carmelo), «Apuntes sobre historia social y económica de España», Estudios de Historia de España, Madrid, 1965.

— WATTENBERG (Federico), «La región vaccea. Celtiberismo y Romanización en la cuenca media del Duero», Madrid, 1959.

José M.^a SANCHEZ DIANA